



FEDERACIÓN INTERNACIONAL
Fe y Alegría

Movimiento de Educación Popular Integral y Promoción Social

FIFYA 146-2003

**LA PEDAGOGÍA DE LA EDUCACIÓN POPULAR
EN FE Y ALEGRÍA**

**XXXIII Congreso Internacional
Asunción (Paraguay), 2002**

- Documento Final -

Educar es hacer hombres en plenitud, comprometidos en la construcción de un mundo más solidario y más justo.

Fe y Alegría deberá profundizar en la pedagogía del amor, de la ejemplaridad del trabajo, de la abnegación y el sacrificio por los demás, en la alegría esencial de la creación personal, como despertador y resucitador de las energías latentes o dormidas de cada persona...

*Somos Mensajeros de la Fe y al mismo tiempo Mensajeros de la Alegría.
Mensajeros de la Fe y Maestros de la Alegría.
Debemos por lo tanto aspirar a ser
Pedagogos en la Educación de la Fe y Pedagogos de la Alegría.¹*

P. José María Vélaz, s.j.

INTRODUCCIÓN

El XXXII Congreso Internacional de Fe y Alegría (Guatemala 2001), reafirmó con fuerza la identidad de Fe y Alegría como Movimiento de Educación Popular: “*La Educación Popular es el componente fundamental que nos define, es nuestra propuesta y nuestro reto. Seremos Fe y Alegría en la medida en que hagamos Educación Popular y nuestras prácticas respondan a sus postulados y exigencias*”.

Ese mismo Congreso asumió la Educación Popular como una “*propuesta ética, política y pedagógica para transformar la sociedad, de modo que los excluidos se conviertan en sujetos de poder y actores de su vida y de un proyecto humanizador de sociedad y de nación*”. La opción política por una educación transformadora se sustenta en Fe y Alegría en los valores éticos del evangelio: “*Porque reconocemos que todos los hombres y mujeres, como hijos de un Dios que es Padre común, somos únicos e irrepetibles, portadores de valores, con una misión a realizar en la*

¹ “Pedagogía de la Alegría. Notas de apoyo para las reuniones de fin y de comienzo de año en San Javier del Valle”, manuscrito del P. José María Vélaz fechado el 12 de noviembre de 1979.

vida, nos oponemos a todas las formas de dominación y discriminación y, en consecuencia, no aceptamos una sociedad que excluye y niega la vida a las mayorías”.

La opción ética y política de una educación transformadora requiere, en consecuencia, de *“una pedagogía para la transformación y no para la adaptación, que parte del saber y de la cultura de los educandos y se orienta, mediante el diálogo de saberes y la negociación cultural, a empoderarlos, es decir, capacitarlos con voz y con poder para hacerlos sujetos de la transformación de sus condiciones de vida y de la sociedad de la exclusión. La miseria y la exclusión están ligadas, en definitiva, a la falta de voz y de poder de los grupos populares”.*²

La pedagogía popular, como con tanta insistencia lo repetía Paulo Freire, se sustenta en un aprendizaje dialógico (nadie ignora todo, nadie sabe todo), que permite a los sujetos descubrirse a sí mismos y tomar conciencia del mundo que les rodea. De ahí que el acto de educar no puede reducirse a un proceso meramente técnico y transmisivo (depositar en el educando los nuevos conocimientos), sino que debe concebirse como un ejercicio de ética democrática que, a través del diálogo, nos construye como personas y como ciudadanos.

Los asistentes al Congreso XXXII de Guatemala vieron necesario continuar la reflexión sobre la Educación Popular, centrándose en la pedagogía, como un modo de ir avanzando en una mayor adecuación entre prácticas y propuestas e ir superando el mero discurso del cambio y la transformación. Pedagogía necesariamente crítica y propositiva, que ayude a superar las prácticas transmisivas, autoritarias y dogmáticas que con frecuencia se ocultan detrás de las buenas intenciones y de los discursos emancipadores. Pedagogía, en breve, para transformar la educación y, de este modo, contribuir a la transformación de la sociedad.

Si la opción política por una educación transformadora de Fe y Alegría se enraíza en la ética de los valores evangélicos, la opción pedagógica debe también estar atravesada por esos valores. El propio nombre de Fe y Alegría nos abre el camino, como lo supo entender nuestro Fundador, a una acción pedagógica enraizada en el amor y el servicio, fuentes de la alegría verdadera. El P. José María Vélaz, s.j. escribió unos apuntes que tituló “Pedagogía de la Alegría” en los que argumenta que la fe es la raíz de toda esperanza y por ello, de toda pedagogía que se orienta a formar personas libres y generosas; que Dios Padre nos llamó a la felicidad y, en consecuencia, la educación tenía que orientarse a conducir a las personas a una vida de alegría:

*Somos Mensajeros de la Fe y al mismo tiempo Mensajeros de la Alegría. Mensajeros de la Fe y Maestros de la Alegría. Debemos por lo tanto aspirar a ser Pedagogos en la Educación de la Fe y Pedagogos de la Alegría...Tengo la seguridad de que una Pedagogía de la Alegría convertirá nuestra tarea en un Humanismo profundo y transformador. Utilicemos en nuestros planteles todo instrumento que directa o indirectamente traiga más felicidad a nuestros niños y jóvenes.*³

Fe es nuestro nombre y fe es el fundamento de nuestra identidad. Fe que hemos recibido de la generosidad de Dios Padre, que nos convoca a seguir a Jesús y construir el Reino. Fe que nos enseña a mirar a nuestros hermanos con los ojos del mismo Dios y que mueve a la misericordia y el servicio. Fe que nos da nuevo aliento y alimenta nuestra esperanza y nuestros sueños en estos días de reacomodo, pragmatismo y desesperanza, en los que ya no se cree que los cambios y transformaciones profundos sean posibles. Fe que nos exige colocarnos al lado de los afectados en su condición humana y en su falta de oportunidades por un sistema excluyente, opresor, inequitativo, para recorrer con ellos nuevos éxodos hacia la liberación y la vida. Fe en nuestros educadores, en nuestros educandos, en los poderes creativos de nuestro pueblo. Fe en la educación como fuerza transformadora, capaz de gestar personas nuevas, auténticos ciudadanos y cristianos comprometidos. Fe cargada de signos de esperanza que se traduce en

² Citas del Documento del XXXII Congreso Internacional “La Educación Popular hoy y su concreción en nuestras prácticas educativas formales y no formales”, Guatemala 2001, Circular FIFYA 130/2002.

³ Op. Cit.

servicio, solidaridad, en genuina libertad cristiana y en alegría verdadera.

Toda pedagogía se alimenta de la reflexión sobre el hecho educativo y lo orienta; en consecuencia, siempre debe estar en proceso de reelaboración y revisión, que se proyecta hacia la superación y el cambio de lo existente. Por ello, el presente Documento, si bien intenta recoger lo más central de los múltiples aportes que se hicieron al Documento Base antes del Congreso, durante el Congreso y después del Congreso de Paraguay, no es en forma alguna un Documento definitivo y acabado. Pretende simplemente organizar algunas ideas para continuar el debate y la búsqueda necesarios; un Documento que alimente nuestra reflexión sobre lo que hacemos, para qué lo hacemos, por qué lo hacemos y cómo lo hacemos; para releerlo y reconstruirlo desde las vivencias y las experiencias tanto de los educadores, como de los que trabajan en tareas de gestión; en definitiva, para asumir nuestro crecimiento personal y profesional desde el compromiso de nuestra identidad y desde allí orientar mejor nuestra práctica de educadores populares.

1. CÓMO ENTENDEMOS LA PEDAGOGÍA EN FE Y ALEGRÍA

La pedagogía forma parte –junto con la psicología, biología, sociología, antropología y didáctica– de las ciencias de la educación, entre las que ocupa, por su bagaje histórico y científico, el puesto más relevante. El objetivo de la pedagogía es reflexionar la teoría y la práctica educativa para impulsar acciones concretas de transformación y lograr un modelo congruente que responda, tanto en la teoría como en la práctica, a las intencionalidades y a los contextos. El pedagogo es un estudioso del problema educativo que reflexiona y revisa continuamente lo que hace, para que responda cada vez mejor a lo que busca. Hay pedagogía cuando se reflexiona sobre la educación, cuando el “saber educar” implícito, se convierte en un “saber sobre la educación” (sobre sus “cómos”, sus “porqués”, sus “hacia dónde”), cuando se es capaz de hacer teoría de la propia práctica, y de explicar la práctica a la luz de su teoría.

La pedagogía es, en consecuencia, un saber práctico teórico, producto de la reflexión e investigación del hecho educativo y sobre las relaciones que se construyen en los procesos de enseñanza-aprendizaje, cualquiera sea el espacio (escolar o no), el contexto cultural o la edad de los sujetos. Es un saber construido sobre el proceso educativo, que busca orientarlo de manera consistente para que responda a la intencionalidad. En otras palabras, es la reflexión sobre las prácticas en función de las intencionalidades. Lo “pedagógico” es lo que articula el deber ser (o los fines) y el hacer, mediante principios y orientaciones metodológicas generales, que luego se desarrollan en el plano del currículo y la (o las) didáctica(s), ambos con mayor grado de concreción y adaptación a los contextos, contenidos y necesidades educativas. De ahí la necesidad de que cada educador sea un pedagogo, es decir, una persona que reflexiona continuamente su práctica y las prácticas de los compañeros para aprender de ellas e introducir los cambios necesarios.

Toda pedagogía responde necesariamente a la filosofía educativa, es decir a la concepción que se tiene de la educación y de la persona que se pretende formar. La propuesta educativa popular de Fe y Alegría promueve la formación integral de las personas, de modo que puedan desarrollar todas sus posibilidades y capacidades y se constituyan en los protagonistas de su vida y de la transformación de la sociedad. Con la educación, Fe y Alegría pretende formar hombres y mujeres nuevos, que contribuyan a la creación de una sociedad nueva, sustentada sobre la justicia, el amor y la libertad.

Para Fe y Alegría, la educación implica una tarea de liberación, de formación de personas libres y comunitarias. Educar es formar el corazón, la mente y las manos, para que los educandos aprendan a vivir y convivir en este mundo y sean capaces de transformarlo, desde el conocimiento de la realidad y la valoración de su cultura y de las otras culturas. Formarlos teniendo como referente la persona nueva, una persona en íntima relación con los problemas de

su tiempo, que logra concientizarse en contacto con su medio, con la capacidad y el poder de impulsar, desde la vivencia de los valores humanos y cristianos, una sociedad distinta y una iglesia más fiel al evangelio. Se trata, en breve, de formar personas plenas, ciudadanos responsables y productivos, y cristianos comprometidos, que participen activamente en la búsqueda y construcción de una nueva sociedad aquí y ahora, demostrando capacidades democráticas.

La educación se presenta como un largo viaje, de toda la vida, hacia la conquista de una persona integral, multidimensional y ecológica, es decir, que vive en equilibrio consigo misma, con los demás y con la naturaleza. Esta concepción de educación necesita de una pedagogía capaz de desarrollar todas las dimensiones de la persona: el equilibrio psicológico, afectivo y social, las facultades de expresión y de comunicación, la capacidad inventiva y creativa, el hábito científico y crítico, el más amplio espíritu de sociabilidad y humanidad, la apertura a la trascendencia y la vivencia de una espiritualidad madura y encarnada.

Para Fe y Alegría, el objetivo de la educación, y en consecuencia del análisis de la pedagogía, no puede ser otro que la formación integral y multidimensional de la persona en sus diversas fases evolutivas (infancia, adolescencia, edad adulta y vejez) y en los diversos contextos ambientales y culturales, de modo que se comprometan con la libertad, el bienestar y la dignidad de sí mismos y de los otros. Pedagogía enraizada en la experiencia que evita las formulaciones abstractas y axiomáticas para comprometerse en la construcción de un sistema educativo vinculado a los problemas del contexto histórico-social específico. Es una pedagogía de la indignación y el desacuerdo, que combate todo tipo de discriminación, dogmatismo y adoctrinamiento, que impiden o mutilan el desarrollo pleno e integral de la persona. Pedagogía muy crítica de las prácticas y de los caminos pedagógicos tradicionales que han demostrado su ineficacia para formar personas autónomas, participativas y solidarias. Pedagogía comprometida en la transformación de esas prácticas educativas alejadas de la calle, de la vida, de los problemas y saberes de los educandos, que raramente son valorados o tomados en cuenta por la educación tradicional.

En la educación tradicional, lo importante es el educador, el texto y los programas. Muy raramente lo son los educandos. Todo está organizado para transmitir conocimientos en masa. Aunque se habla de una “educación para la vida”, muy pocas veces se toma en cuenta la vida de los educandos y ciertamente los centros educativos no son lugares de vida, en los que se aprende a vivir y a convivir. De ahí la necesidad de una pedagogía que, porque repiensa y analiza los hechos que salpican la vida educativa y la teoría que los sustenta, es capaz de transformar la cultura tradicional de los centros y las prácticas educativas para que realmente contribuyan a la formación integral de las personas, de modo que se comprometan en su propio desarrollo y el de los demás. Se trata, en breve, de gestar centros educativos con vocación a la innovación, la democratización y la búsqueda permanente de la calidad educativa que implica claridad en los fines, objetivos, procesos y medios que garanticen calidad de aprendizajes.

2. PEDAGOGÍA PARA LA REALIZACIÓN PLENA DE LAS PERSONAS Y LA CONSTRUCCIÓN DE COMUNIDAD.

La propuesta de Educación Popular de Fe y Alegría tiene una clara intencionalidad: la transformación de la actual sociedad marcada por la injusticia, el desequilibrio, la desigualdad y la inequidad, que pasa por potenciar el desarrollo integral de los actores de los procesos educativos, para que se responsabilicen de su propia transformación personal y la de su comunidad, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo la libre autodeterminación y promoviendo su sentido de servicio.

En consecuencia, la propuesta pedagógica de Fe y Alegría, sin importar la modalidad, el contexto o el programa, debe articular principios y orientaciones prácticas para la formación de la persona

en la integralidad de las siguientes dimensiones o vitalidades que si bien por razones metodológicas se presentan por separado, deben trabajarse siempre juntas:

1. La dimensión psico-afectiva, con una pedagogía del amor y la alegría.
2. La dimensión espiritual, con una pedagogía evangelizadora.
3. La dimensión corporal, con una pedagogía de la salud y la valoración y el respeto del cuerpo.
4. La dimensión intelectual, con una pedagogía de la pregunta y de la investigación.
5. La dimensión socio-política, con una pedagogía del diálogo y la participación.
6. La dimensión productiva, con una pedagogía del trabajo y el desarrollo sustentable.
7. La dimensión estética, con una pedagogía de la expresión y la creatividad.
8. La dimensión cultural, con una pedagogía de la inculturación, la interculturalidad y la multiculturalidad.
9. La dimensión ética, con una pedagogía de los valores.
10. La dimensión histórica, con una pedagogía de la identidad y de la esperanza.

Estas dimensiones y las cualidades pedagógicas asociadas constituyen elementos a ser pensados y trabajados en los currículos y desde la práctica del educador (sean nuestros destinatarios alumnos del sistema regular, niños de la calle, campesinos, indígenas, adultos, adolescentes o jóvenes en espacios de formación no formal); elementos a tomar en cuenta para planificar y organizar los centros y programas educativos como contextos intencionalmente diseñados para promover conocimientos, competencias, soluciones, habilidades y valores, según el modelo de persona y de sociedad que buscamos. Todas estas dimensiones se interrelacionan y cruzan pues se trata de formar a la persona completa.

2.1. Pedagogía del Amor y la Alegría

- Dimensión Psico-afectiva

Se trata de respetar y cultivar los procesos psicológicos, emocionales y afectivos de cada persona de modo que pueda crecer armónicamente y desarrollar las competencias necesarias para que logre ejercer su afectividad, sexualidad y libertad de un modo maduro y responsable. Competencias que le lleven a desarrollar su identidad personal, familiar y social, que le ayuden a conocerse, quererse y emprender el camino de su propia realización con los demás. Competencias para no agredir ni física, ni verbal ni psicológicamente al otro, que favorezcan la autoestima y autonomía personal, el respeto, la capacidad de relacionarse y comunicarse positivamente con los demás (familia, compañeros, comunidad), el desarrollo de la voluntad y el carácter, la toma de decisiones, las relaciones de género, el compromiso personal y social, la autonomía y la libertad responsable.

La libertad verdadera implica superar las ataduras del egoísmo, los caprichos y los miedos, que no permiten a la persona alcanzar su madurez afectiva y la capacidad de amar. La falta de amor y la incapacidad de amar producen frustración, resentimiento, agresividad. La madurez afectiva supone la superación de la dependencia, el orgullo, el conformismo, la envidia, raíces de la soledad. Sólo el que ama verdaderamente podrá ser libre y sólo los libres son capaces de amar. Libre es la persona que vive comprometida en la conquista de sí misma; sabe que el ser humano es tarea y aventura, y por ello es capaz de vivir toda experiencia y relación de un modo pleno y enriquecedor. Por ello, demuestra una actitud responsable frente a la sexualidad, el noviazgo, el matrimonio, la paternidad, la maternidad. La persona verdaderamente libre entiende su libertad como proceso de liberación. Por eso, es capaz de indignarse ante las injusticias y combate toda dependencia, toda dominación que impide la libertad y el desarrollo integral de los demás.

Para educar la dimensión psico-afectiva y desarrollar las competencias señaladas, se requiere de una pedagogía del amor y la alegría, que busca establecer en todos los ámbitos, tiempos y actividades educativas, un clima verdaderamente democrático, de comprensión, simpatía y amistad, que combata todo autoritarismo, humillación y rutina. Clima socio-afectivo, de colaboración y cooperación, donde todo acoja y esté al servicio del educando, que busca multiplicar las ocasiones de verdaderos encuentros interpersonales. Los educandos son orientados en su crecimiento, acompañados en sus dudas, preocupaciones e intereses y se les brinda la ayuda necesaria para que puedan clarificar sus valores y opciones personales. Clima de tranquilidad y serenidad, que no esté contaminado por el comportamiento autoritario de los educadores ni por la rivalidad de los educandos.

Este clima debe trabajarse también con la familia, que es la primera educadora, lo que postula la necesidad de trabajar juntos y de incorporar a la familia a la educación de sus hijos. Para ello, los centros y programas educativos deben promover la formación de padres y representantes de modo que se involucren más y mejor en la educación de sus hijos. Los educandos aprenden también a valorar a su familia, a respetar las diversas formas de familia y asumen la importancia de vivir en familia. Los educadores no sólo deben respetar la diversidad familiar, sino que deben reflejar en su pedagogía una atención especial a los educandos en situaciones complejas.

El principio pedagógico esencial, base y condición de todos los demás, es el amor a los educandos. El educando es amado y enseñado a la vez; y el educando hace crecer y humaniza, mediante el amor, al educador. En educación, es imposible ser efectivos si no somos afectivos. Amor es ayuda, apoyo, ánimo, acompañamiento, amistad. Amar no es consentir, sobreproteger, dejar hacer. El amor no crea dependencia, sino que da alas a la libertad. El educador es un amigo que ayuda a cada educando, especialmente a los más débiles y necesitados, a triunfar, a crecer, a ser mejores. El amor crea seguridad, confianza, es inclusivo, no excluye a nadie. Es paciente y sabe esperar. Por eso, respeta los ritmos y modos de aprender de cada uno y siempre está dispuesto a brindar una nueva oportunidad. De ahí que asume la evaluación como un medio de conocer qué sabe cada educando, cómo aprende, cuáles son sus fortalezas y carencias, para poderle ayudar.

La función de la evaluación no es meramente poner notas y clasificar a los educandos, sino recoger información, interpretarla, revisar los procesos formativos para tomar las decisiones pertinentes e introducir los cambios y correctivos necesarios. La evaluación es una herramienta para optimizar la calidad del proceso educativo y sus resultados. Los procesos y los resultados se miden por las transformaciones ocurridas en las personas, en sus relaciones y en los efectos de la intervención educativa. Todo debe ser evaluado para ser mejorado. De ahí que esta concepción de evaluación implica un profundo cambio cultural.

La evaluación implica acompañamiento, "ir de la mano" con los educandos para detectar su proceso de crecimiento y orientarlos de manera adecuada. Implica asumir el error como oportunidad de aprendizaje y no como fracaso. Se debe hacer seguimiento permanente de los aprendizajes y de la calidad de los procesos y resultados, porque interesa que todos logren las metas propuestas. La responsabilidad de los educadores no se agota en diseñar y animar procesos de aprendizaje; también son corresponsables de los logros o fracasos de sus educandos.

El educador popular debe ser un defensor de la pedagogía del logro y, por ello, rechazar toda clasificación de los educandos en buenos, regulares y malos: no los compara nunca, cree que todos son capaces (cada uno a su manera), y no acepta ni permite cualquier palabra o juicio peyorativo, ofensivo o humillante. Su pregunta no será quién merece una valoración positiva y quién no, sino cuál es la ayuda que necesita cada uno para seguir avanzando según sus posibilidades y alcanzar los logros deseados.

Para favorecer el logro de los educandos, se debe procurar un clima de motivación,

entusiasmo y alegría. Si hay motivación, hay deseos de aprender. Si en los centros educativos, resplandece la alegría, habremos logrado lo más importante. La pedagogía de la alegría parte de las cosas que conocen e interesan a los educandos, evitando la sensación de estar sumergidos en un mundo lejano y absurdo. Todos los recintos educativos deben invitar a la alegría y ser atractivos en lo físico y en el ambiente irradiador de aceptación, comprensión y ayuda. La actual educación es demasiado fastidiosa y aburrida. Muchos educandos abandonan sus estudios porque no encuentran en ellos respuesta a sus intereses, preocupaciones y problemas.

A crear un ambiente alegre y motivador contribuirá una sana disciplina, imprescindible para lograr un adecuado ambiente de aprendizaje, que no impone, humilla y cercena, sino que surge de la convicción personal y de las exigencias de la vida grupal. Disciplina que convierte al educando en copartícipe de la programación, desarrollo y evaluación del proceso y que le estimula a construir su personalidad. Disciplina consensuada, orientada a crear un ambiente de trabajo, respeto y comunicación, donde los educandos puedan expresarse con toda libertad, y los conflictos se resuelvan mediante la negociación para convertirlos en fuente de avance y desarrollo personal; un contexto estimulante y respetuoso, en el que se establezca una verdadera comunicación. Comunicarse más y mejor es educar y educarse más auténticamente.

2.2. Pedagogía Liberadora y Evangelizadora

- Dimensión Espiritual

Una educación integral implica la formación del espíritu, el crecimiento de la vida interior. En Fe y Alegría, asumimos la espiritualidad como un vivir según el Espíritu, que parte de una experiencia profunda de Dios. Para nosotros, la espiritualidad es la respuesta a la fe en un Dios que se nos ha revelado en Jesús y nos invita a seguirle como medio de alcanzar la plenitud humana. Jesús vino a enseñarnos una forma de ser plenamente hombres y mujeres.

La formación de la dimensión espiritual exige desarrollar las competencias necesarias para entender y vivir la fe en Dios como camino de crecimiento espiritual, personal y comunitario. Competencias para conocer e identificarse con los valores evangélicos y asumirlos como guías de comportamiento. Competencias para ser fieles hoy al proyecto de Jesús, en la lucha por la vida, la dignidad y el derecho de las personas, solidarizándose con los afectados por condiciones de exclusión y con los pobres de este mundo. Seguir a Jesús implica proseguir su misión oponiéndose al poder opresivo y promoviendo el poder que ayuda, que hace crecer, el poder de servicio.

Para educar la dimensión espiritual, requerimos de una pedagogía liberadora y evangelizadora como la asumió y entendió Medellín:

... la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. Para ello, la educación en todos los niveles debe llegar a ser creadora, pues ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina; debe basar sus esfuerzos en la personalización de las nuevas generaciones, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo la libre autodeterminación y promoviendo su sentido comunitario.⁴

Esta pedagogía liberadora y evangelizadora se traduce hoy en una pedagogía de la solidaridad y del testimonio, una pedagogía según El Maestro Jesús, pedagogía magistralmente descrita en la Parábola del Buen Samaritano. La pedagogía de la solidaridad nace de un encuentro con los afectados por la miseria, por las carencias, por el desamor. El educador de Fe y Alegría es capaz de escuchar e interpretar sus silencios, dolor, rebeldía,

⁴ Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, "Presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina", IV, 8, Medellín, 1986.

miedos, desinterés. La opción por los pobres y necesitados es, en Fe y Alegría, don del espíritu de Jesús, para anunciar la Buena Nueva y denunciar las situaciones de injusticia.

La solidaridad no es sólo compasión, sino acción. Es servicio, ayuda eficaz. La pedagogía evangelizadora de la solidaridad recurre a todos los medios a su alcance para sanar las heridas de los educandos más golpeados y se esfuerza por convertir los centros educativos en verdaderos espacios de solidaridad, de ayuda mutua, de coherencia entre lo que se proclama y se vive. Por eso, es también una pedagogía del testimonio. El currículo explícito coincide con el currículo oculto. El ambiente educativo está penetrado por los valores evangélicos y se viven relaciones de respeto, fraternidad, crecimiento y atención personal. Toda la comunidad educativa testimonia la fe que proclama y vive los valores que propone. Los enunciados teóricos se hacen vida en la práctica.

La pedagogía evangelizadora penetra todo el hacer educativo y se brindan oportunidades formativas para que los diferentes actores de la acción educativa puedan descubrir la persona de Jesús y los valores cristianos. Esto implica abrir espacios para el conocimiento del evangelio, de la palabra de Dios, del Jesús histórico y los diferentes elementos que forman parte de la fe cristiana; brindar posibilidades de vivir comunitariamente la fe y la fraternidad, haciendo posible el encuentro personal con Dios Padre, que ayuda a conocernos y a crecer como personas; acompañar la vivencia de los valores cristianos en los procesos personales y comunitarios, abriendo posibilidades para encauzar y explicitar el compromiso cristiano por la transformación del mundo en que vivimos. Para ello, se potencian los currículos de educación de la fe y los espacios que posibilitan el encuentro con el Dios de la vida (convivencias, retiros, grupos de oración, ejercicios espirituales...)

2.3. Pedagogía de la Salud, la valoración y el respeto del cuerpo

- Dimensión Corporal

Se trata de valorar, respetar y cuidar el cuerpo. Una buena salud corporal, el sentirse a gusto con el propio cuerpo, es un elemento esencial para la adecuada maduración de la afectividad, de la inteligencia, de la creatividad, y el logro de una buena salud mental. Hoy más que nunca, en estos tiempos de ansiedad, estrés, sedentarismo, pero también de hambre, agotamiento físico y envejecimiento precoz, necesitamos una educación que aspire al ideal clásico de "*Mens sana in corpore sano*" (mente sana en un cuerpo sano).

La formación de la dimensión corporal postula el desarrollo de las competencias necesarias para cuidar de la propia salud, cuidar la salud de los demás, cuidar el ambiente y defender la vida. Competencias para respetar el propio cuerpo, el cuerpo de los demás y practicar una sexualidad madura y responsable que prevenga todo embarazo no querido y cualquier enfermedad de transmisión sexual. Competencias para alimentarse sanamente, saberse controlar en la toma de bebidas alcohólicas y evitar el uso de todo tipo de drogas prohibidas o que pongan en peligro la salud física y mental. Competencias para convivir en condiciones de igualdad entre sexos diferentes y superar la cultura machista y patriarcal propia de nuestros pueblos.

Para ello necesitamos una pedagogía de la salud, la valoración y el respeto del cuerpo. Esto implica, en primer lugar, garantizar la satisfacción de las necesidades más urgentes y esenciales. Con hambre, mala alimentación, sin condiciones higiénicas y sanitarias mínimas; sin trabajo, vivienda, seguridad o salud, no va a ser posible el desarrollo integral de la persona. Implica también el aprender a aceptar, querer y cuidar el propio cuerpo, sin esclavizarse a él, sobre todo en estos tiempos de avalanchas de ofertas milagrosas de belleza y la invasión de productos que venden la ilusión de un cuerpo perfecto y el sueño de una eterna juventud.

La pedagogía de la salud buscará el desarrollo de hábitos alimenticios sanos, el adiestramiento en una cocina que balancee los alimentos, que aproveche al máximo los

recursos alimentarios propios culturalmente y abundantes en nuestra América. El rescate de prácticas culinarias tradicionales, de una medicina preventiva culturalmente incorporada y el uso de plantas medicinales como parte de una medicina alternativa, deben ser formas rescatables y a ser pensadas y contrastadas con otras, buscando siempre una mejor calidad de vida. También cultivará el deporte, la educación física, las excursiones, los campamentos, las convivencias, el montañismo u otros deportes al aire libre y el rescate de juegos tradicionales. En estas actividades no sólo se protege y robustece la salud, sino que se forja el carácter y la voluntad, se aprende a compartir, a salir del egoísmo, a triunfar sin humillar y a perder sin desmoronarse. Se aprende sobre todo a vencerse a sí mismo. Son verdaderas escuelas de crecimiento integral y de liderazgo.

Para garantizar la salud física y mental, sobre todo de la infancia, tiene una importancia primordial el juego. Hoy los niños juegan muy poco y su principal diversión es ver pasivamente televisión. En palabras de Frabboni, el juego responde a las siete necesidades básicas de la infancia: comunicación, socialización, movimiento, autonomía, construcción, exploración y fantasía. Sólo el juego tiene más poder que los medios de comunicación, promotores de aislamiento y soledad.⁵ Por ello, una auténtica pedagogía popular que busca la salud integral de los educandos le da al juego la importancia que requiere y multiplica las oportunidades de aprendizaje a través del juego.

2.4. Pedagogía de la Pregunta y la Investigación

- Dimensión Intelectual

La inteligencia es saber pensar y actuar del modo más adecuado, de acuerdo a los contextos y situaciones, en donde las circunstancias, ubicadas en un espacio y tiempo dados, exijan optar, decidir, resolver y tener el valor de llevar a cabo tales decisiones. Es inteligente quien es capaz de dar una opinión razonada, de asumir una postura crítica, de superar la cultura del rumor, de la fragmentación informativa, de la mera repetición de las “verdades publicitadas”. La inteligencia supone capacidad de comprenderse, de comprender a los demás y comprender al mundo, para así poder contribuir a su permanente mejora y humanización. Es en consecuencia, capacidad crítica, analítica, creativa, lógico-matemática, musical, espacial, cinestésica, de resolución de problemas y proposición de nuevas cosas e ideas.

La formación de la dimensión intelectual supone garantizar las competencias de la alfabetización primaria y secundaria en las esferas lingüísticas, históricas, científicas y artísticas. Competencias para ser un lector cada vez más autónomo e independiente de todo tipo de textos y del contexto y un escritor personal y creativo. Competencias para desarrollar procesos lógicos, resolver problemas, poseer sentido numérico, geométrico y de la medida. Competencias para saber buscar, procesar, interpretar, aplicar la información y desarrollar pensamiento crítico. Competencias para usar bien la memoria, preguntarse a sí mismo lo que se ha aprendido, gobernar la propia atención, ordenar el trabajo y el tiempo, afinar estrategias de estudio. Competencias de comprensión, aplicación, análisis, de intuición, invención, imaginación, creación, transformación.

Ser inteligente, creativamente inteligente, implica capacidad de aprender a desaprender, a aprender, comprender y emprender, lo cual supone garantizar los conocimientos, lenguajes y estilos cognitivos necesarios para un aprendizaje permanente, de modo que los educandos puedan vivir como protagonistas en una sociedad cambiante y muy compleja. Esto exige, entre otras cosas, el cultivo adecuado de la memoria, pues todos aprendemos desde lo que

⁵ Franco Frabboni, *El libro de la pedagogía y la didáctica*, Tomo III, Editorial Popular, Madrid, 2001, p.104. Las ideas de este autor inspiran mucho de lo que se expresa y amplía en esta y otras partes del documento.

ya sabemos y sólo mediante la información que poseemos, podemos acceder a otra información. La memoria, en palabras de Marina, “no es almacén del pasado, sino entrada al porvenir; no se ocupa de restos, sino de semillas”.⁶ Lo que se critica, y ciertamente se debe combatir, es la memorización de conceptos y textos sin entender, la acumulación de datos sueltos sin integrarlos a otros.

Hoy se reconocen múltiples tipos de inteligencia, y se afirma que la inteligencia se puede desarrollar y cultivar. Para desarrollar la inteligencia se requiere de una pedagogía de la pregunta y de la investigación. Todo conocimiento comienza por la curiosidad y la capacidad de asombro. Enseñar a preguntar debe ser un importante empeño educativo. Se trata, en definitiva, de promover la curiosidad del educando, hacerle dueño de su proceso de aprendizaje y colocarlo en una actitud de reflexión, búsqueda, proposición e investigación en la solución de problemas; de ayudarlo a interpretar la realidad y ser propositivo.

El hombre es por naturaleza un investigador: aprender es descubrir. Sin embargo, es la misma educación la que se encarga muchas veces de adormecer esta capacidad. De ahí la necesidad de transformar profundamente esos centros educativos, meros transmisores de conocimientos, para convertirlos en terrenos culturales de cultivo y producción de conocimientos críticos y de nuevos saberes. La pedagogía de la investigación combate la dictadura de la copia y la lección para promover las aulas-taller, las aulas-laboratorio, los seminarios, los debates, los foros, los simposios, las investigaciones. Es urgente abrir los centros y programas a la innovación mediante modalidades de investigación-acción, en los que se investiga lo que se hace para mejorarlo. La producción de conocimientos no se separa de la acción.

Si queremos lograr educandos con capacidad de asombro, investigación y proposición, debemos sumergir la práctica educativa en un ambiente que fomente la curiosidad, la pregunta, la observación, la duda, la búsqueda y la experimentación, que son modos naturales de aprender. Por ello, la práctica educativa se debe orientar a desarrollar el pensamiento lógico, creativo y crítico de los educandos, a estimular su capacidad de razonar, argumentar y ver la realidad desde diversos ángulos, a trabajar la lectura comprensiva y la escritura creativa como actividades cotidianas; en suma, una práctica educativa orientada a promover aprendizajes significativos, fundamentados en la comprensión y el hacer, en todas las áreas del currículo.

Pero la investigación, como práctica educativa, sólo puede producirse en un ambiente en el que se le proporciona al educando información adecuada, datos pertinentes, oportunidades para desarrollar habilidades de búsqueda y de resolver problemas. Supone también que el propio educador, como nos lo recuerda Tonucci, sea un curioso de la vida, esté lleno de inquietudes y preguntas, le apasione la búsqueda, el descubrimiento que, a su vez, le lleven a nuevas preguntas y descubrimientos;⁷ que el educador sea, en definitiva, un investigador que vive en formación permanente, un creador y productor, más que un mero reproductor y repetidor de textos, programas y contenidos.

2.5. Pedagogía del Diálogo y la Participación

- Dimensión Sociopolítica

Se trata de llegar a ser genuino ciudadano, preocupado y comprometido con el bien común, con lo público. De rescatar el sentido original de lo político como servicio a las causas comunes. La formación de la dimensión sociopolítica implica desarrollar las competencias necesarias para la convivencia y el ejercicio de una ciudadanía activa y responsable.

⁶ José Antonio Marina, *Teoría de la Inteligencia creadora*, Anagrama, Barcelona, 2001, p.118.

⁷ Francesco Tonucci, "Enseñar o aprender". *Cuadernos de Educación*, N° 142. Laboratorio Educativo, Caracas, 1993, p.56.

Competencias comunicativas, de escucha y diálogo. Competencias para tomar decisiones y evaluarlas, argumentar y defender su postura, valorar la diversidad y saber llegar a acuerdos. Competencias para vivir y trabajar junto a los que son diferentes, para ser capaces de valorar y vivir en contextos interculturales, de respetar la diversidad de costumbres y opiniones. Competencias para resolver los conflictos mediante la negociación y el diálogo, de modo que todos salgan beneficiados de él, tratando de convertir la agresividad en fuerza positiva, fuerza para la creación y la cooperación, y no para la destrucción. Competencias para interactuar con los otros diferentes, para valorar y aceptar las diferencias culturales, de raza y de género, sin convertirlas en desigualdades. Competencias para tratar con cortesía, para colaborar, es decir, trabajar juntos, para decidir en grupo, para considerar los problemas como retos a resolver y no como ocasiones para culpar a otros. Competencias para el servicio y la solidaridad y para oponerse a todo lo que amenaza e impide la vida: injusticia, desigualdad, discriminación, manipulación, conformismo, violencia, politiquería, populismo, mesianismo, corrupción.

Para educar la dimensión sociopolítica, se requiere de una pedagogía del diálogo y la participación. Durante toda su vida, Paulo Freire consideró el diálogo como el método educativo por excelencia: el ser humano se hace persona en diálogo con su mundo y con los otros. El diálogo implica búsqueda permanente, creación colectiva. Dialogar supone aceptar que toda persona sabe, que no todos saben lo mismo, y que estos saberes necesitan relacionarse y confrontarse para que de ellos nazca un nuevo saber, diferente a lo que se pensaba al comienzo. Implica reconocer al educando como dialogante, que acude al acto educativo con saberes y puntos de vista propios, que el educador debe tomar en cuenta.

Dialogar es crear algo que no existe. En consecuencia, toda pedagogía dialógica y participativa tiene que alentar la búsqueda y la exploración, promover la curiosidad, ya que supone, como actitud científica, el rechazo al dogmatismo en cualquiera de sus formas. El diálogo implica problematizarse, hacerse preguntas. El diálogo en los espacios educativos sólo es posible en un ambiente de respeto, confianza, escucha y humildad, para reconocer que la verdad se va haciendo y construyendo en el compartir de ideas, reflexiones, investigaciones y experiencias.

No es fácil dialogar y en la educación tradicional se dialoga muy poco. Por lo general, el educador habla y el educando escucha para repetir su palabra o la palabra del libro. Muchos educadores han sido formados para acaparar la palabra, para imponer, enseñar, adoctrinar. Por otra parte, el diálogo verdadero es una práctica no exenta de conflictos, ya que no suele establecerse desde las coincidencias, sino desde las opiniones, puntos de vista, valoraciones y proyectos diferentes. De ahí que la pedagogía del diálogo debe asumir también la pedagogía del conflicto y la negociación, como medios para superar las diferencias y construir acuerdos básicos para la acción colectiva. Para gestionar educativamente los conflictos hay que vivirllos en términos de lealtad y de disponibilidad a la autocrítica, para así superar los prejuicios y suposiciones.

El verdadero diálogo implica la participación y la cooperación. El hecho educativo debe convertirse en un hecho comunicativo y comunitario. Se educa en comunidad, con la comunidad y para la comunidad. El equipo, y no el individuo aislado, debe ser la unidad educativa básica y medio principal para el desarrollo de la dimensión sociopolítica. Equipo directivo, de educadores, educandos, miembros de la comunidad. Todo el centro educativo se transforma en un equipo, unidos en la identidad y en la misión, en el que cada uno asume su tarea con entera responsabilidad, cuida y se preocupa por todos los demás. Todos aprenden y aprenden de todos: aprenden a compartir, a ser solidarios, a resolver los problemas y los conflictos mediante la negociación y el diálogo, a comprometerse en la búsqueda del bien común.

Para que el diálogo y la participación sean fructíferos, hay que romper las barreras mentales

y conductuales de los educadores. No hay posibilidad de diálogo desde la rigidez en las maneras de pensar. Es necesario fomentar cambios de actitudes en los educadores y muy especialmente en los directivos. Con frecuencia, los educadores no emprenden cambios en sus prácticas pedagógicas habituales porque están instalados en la rutina, porque le tienen miedo al cambio o porque sienten que sus directivos les inhiben o bloquean sus capacidades de innovación y de propuesta. De ahí la necesidad de una formación para el cambio y la innovación que garantice el acompañamiento pertinente.

En su búsqueda de una educación popular genuinamente democrática y gestora de democracia, Fe y Alegría ha optado por una gestión democrática en la dirección de los centros, constructora de organización, centrada en lo pedagógico y con un liderazgo educativo compartido.

La gestión democrática se hace realidad asegurando instancias organizativas y cauces que garanticen el proceso de participación. Sin participación es impensable una gestión democrática. La participación es una manera de entender la vida y las relaciones humanas, que posibilita convertir el centro educativo en un lugar donde se viven situaciones de vida democrática y se desarrollan las convicciones democráticas. Para ello, es necesario crear un clima de participación: un ambiente propicio para las relaciones interpersonales y grupales, que estimule el discernimiento con libertad crítica y autocrítica.

La participación en las estructuras de dirección de los centros y programas educativos busca promover valores en tres ámbitos. En lo personal, la participación promueve el desarrollo integral de los actores del proceso educativo: criticidad, creatividad, solidaridad y compromiso. En lo social, favorece el pluralismo, las instancias de organización social, la capacidad de convocatoria y los vínculos comunitarios. Y en lo institucional, ofrece un testimonio coherente que asegura la permanencia de la identidad y unidad de la institución con flexibilidad histórica.

La dirección democrática concibe su trabajo como una tarea de equipo(s) con el consiguiente reparto de responsabilidades y funciones. Se basa en la participación y el desarrollo coordinado de la acción y se asume como una forma compartida de tomar decisiones. Conlleva el pensar el centro o el programa educativo como tarea colectiva para convertirlo en el lugar donde se analiza, discute y reflexiona conjuntamente sobre lo que pasa y sobre lo que se quiere lograr. Busca romper la fragmentación de las intervenciones de los agentes educativos y convoca a todos a la construcción del proyecto educativo, concibiendo el centro como unidad funcional de acción, planificación, evaluación, cambio y formación. Es el camino para saltar de la cultura de la subordinación a la cultura de la coordinación.

Más allá de la concepción del directivo como “administrador y gerente”, que significa mantener lo que se tiene y posee, debe darse el salto cualitativo hacia una concepción de la dirección como constructora de organización. Una organización construida desde la imaginación (creativa), más que desde la memoria (mantenedora), organización flexible y en permanente revisión. La finalidad de la organización es el crecimiento de los actores: educandos, padres y madres, miembros de la comunidad, educadores, y se concreta en la construcción de los equipos de trabajo.

La dirección centrada en lo pedagógico conlleva un cambio de cultura y de organización por la reorientación de sus funciones hacia la operación pedagógica del centro o programa educativo, superando las funciones meramente administrativas. La misión de la dirección es articular y dinamizar pedagógicamente la vida del centro. Sus actuaciones deben centrarse en actividades pedagógicamente ricas como la coordinación del proyecto, el estímulo, motivación y formación de los educadores, la cohesión de los equipos, el fomento del entusiasmo y la innovación, la preocupación por la calidad.

Es preciso, además, convertir la dirección en un liderazgo educativo compartido. Liderazgo

que posibilita que surjan y se tomen en cuenta las “mejores” ideas, sin importar de dónde provienen. El tipo de estructuras participativas permite que todas las voces sean escuchadas sin importar su condición y ubicación. El liderazgo pedagógico convoca a todos a la integración en un proyecto común que se elabora y desarrolla en colaboración. Posibilita el paso de la cultura de la ejecución individualista de lo que otros determinan, a la cultura de la planificación colectiva basada en la toma de decisiones en común.

Las tres grandes funciones del ejercicio del liderazgo son: definir, apoyar y sostener unos fines y metas educativos; desarrollar y mantener el sentido de comunidad; y promover innovaciones sobre bases sólidas y el desarrollo profesional y organizativo del centro o programa educativo.

El paso de una dirección burocratizada a otra de tipo democrático, centrada en lo pedagógico, exige a los integrantes del equipo directivo propiciar los cambios de mentalidad y cultura institucional necesarios, asumir nuevos compromisos y responsabilidades, cambiar las formas de trabajar y de tomar decisiones, de modo que se actúe en coherencia con lo que se proclama y busca.

En síntesis, por ser Fe y Alegría un “Movimiento”, la organización y gestión adquieren características concretas que llevan implícitas las opciones fundamentales. En consecuencia, sus estructuras deben responder a los siguientes principios o claves:

- *Dinamismo*: La organización debe estar en permanente revisión y cambio para responder mejor a las demandas del entorno sociocultural.
- *Creatividad*: Los responsables de la organización y gestión no le temen a la innovación y el cambio, sino que promueven la capacidad de proponer, crear, inventar, soñar...
- *Autonomía*: Cada instancia de la institución asume sus responsabilidades en interrelación con las otras y dentro de una comunión de objetivos.
- *Comunión*: Los responsables de la organización y gestión velan por la vivencia de la unidad, de modo que todos los miembros y actores se sientan parte de un solo cuerpo, comprometidos en un proyecto común.
- *Comunicación*: La participación no es posible sin canales de comunicación y la información necesaria debe estar al alcance de todos los participantes para evitar privilegios y discriminaciones.
- *Democracia*: Se impulsa la toma de decisiones democrática, la creación y el acompañamiento de grupos diversos, que se organizan autónomamente en el marco de un proyecto educativo unificador y asumido por todos.
- *Humanidad*: La organización y gestión están al servicio de las personas, procurando su motivación, formación, crecimiento y responsabilidad. Por ello, promueven la fecundidad (el crecimiento integral) más que la mera eficacia.
- *Efectividad*: La organización y gestión dan respuestas efectivas a las exigencias y necesidades de la comunidad, y se responsabilizan por los procesos y por los resultados.
- *Coherencia*: Los propósitos, las teorías, las propuestas, el deber ser proclamado por Fe y Alegría están en concordancia con las acciones, actitudes y prácticas.

2.6. Pedagogía del Trabajo y el Desarrollo Sustentable

- Dimensión Productiva

La educación tradicional es reproductora, más que productora. Enseña a repetir más que a proponer, resolver problemas, crear. La formación de la dimensión productiva debe desarrollar las competencias del saber hacer, competencias propositivas y polivalentes, para encontrar soluciones a situaciones problemáticas, para comprender distintos sistemas

organizacionales, saberse adaptar a los cambios y aprender permanentemente de lo que se hace. Competencias para darle un uso productivo a los recursos, al tiempo, al espacio, a los talentos y habilidades. Competencias para trabajar en equipo, para entender y disfrutar la ciencia y la tecnología, para ordenar el pensamiento y revisar una y otra vez los propios supuestos. Competencias que le permitan a la persona las oportunidades de tener una vida digna con la práctica laboral de una actividad productiva, aprovechando lo que el medio donde vive le ofrece, con conciencia ecológica. Competencias para entender que el problema de la pobreza no es sólo de los pobres, sino que es un problema de todos, que debemos desarrollar al máximo la capacidad creadora para producir soluciones que contribuyan a generar empleos y a impulsar procesos de desarrollo humano, equitativo y sustentable. La posibilidad del cambio y de la dignificación de todos está en el mismo pueblo, en la participación activa de los diferentes actores sociales. Para ello, es necesario educar para producir.

Esto debe llevarnos a asumir más creativamente la necesaria integración entre teoría y práctica, trabajo intelectual y trabajo manual, capacitación y formación, saber y saber hacer, formación para la empleabilidad y el aprendizaje permanente más que para el empleo, unión entre el mundo educativo y el mundo productivo. Se trata de promover una cultura que asume el trabajo como valor esencial, como medio fundamental para lograr la realización y crear los bienes y servicios necesarios para posibilitar a todos una vida digna y un desarrollo sustentable.

Para promover esta dimensión productiva de la persona, requerimos de una pedagogía del trabajo y del desarrollo sustentable, que vincule la propuesta educativa humanista e integral de Fe y Alegría a los desafíos tecnológicos y a las demandas del mundo del trabajo y de las culturas de la sociedad global, sin por ello, rechazar las tecnologías tradicionales.

La pedagogía del trabajo privilegia el hacer de los educandos sobre la palabra del educador. Se aprende haciendo, resolviendo, construyendo, no escuchando y repitiendo. En los centros educativos se trabaja cooperativamente y se aprende a amar el trabajo, a cuidar las cosas, cuidar la naturaleza, cuidarse y cuidar a los demás. Es a través del trabajo digno, responsable y eficiente, como puede ser posible que la persona encuentre una base de sustentabilidad para un desarrollo integral y pleno. Los avances tecnológicos exigen cada vez más de gente cualificada profesionalmente para los diversos sectores productivos.

Se hace necesario y urgente ofrecer a los educandos una educación que se corresponda con la realidad de los avances científicos y tecnológicos, de modo que puedan contar con las competencias y con las herramientas necesarias para participar en la transformación de la sociedad y promover procesos de desarrollo sustentable. Se requiere de una pedagogía que propicie la productividad, que promueva propuestas solidarias de vinculación centro educativo-comunidad y la metodología de proyectos, a partir de situaciones problemáticas. Una pedagogía que estimule el esfuerzo intelectual y manual, habilidades de planificación, capacidad de autonomía y responsabilidad en el desempeño de las tareas. Pedagogía que prefigure y concrete formas alternativas y cooperativas de producción de alimentos mediante la agricultura ecológica, el desarrollo productivo de la artesanía y de tecnologías alternativas, la fabricación y reparación de aparatos y objetos necesarios, y la creación de patrones de consumo que no agredan a la naturaleza.

2.7. Pedagogía de la Expresión y la Creatividad

- Dimensión Estética

Se trata de la formación del gusto, del buen gusto, de modo que la persona desarrolle las competencias necesarias para percibir, disfrutar y producir lo bello, lo original, que nace del libre juego de la sensibilidad, imaginación, fantasía e intuición. Competencias también para combatir los efectos negativos de un sistema cultural dominado por los medios de

comunicación de masas que promueven el aislamiento, la soledad y la pasividad, masifican los gustos, y promueven la superficialidad, la sensiblería, la violencia, la banalidad como valores estéticos. Competencias para explorar y desarrollar las posibilidades de expresión creativa de cada persona, sentir la necesidad de ejercitar uno o más canales expresivos (literarios, musicales, teatrales, plásticos, gráficos...), que impliquen al individuo en la composición y ejecución y no meramente en la observación.

Para la formación de la dimensión estética se requiere de una pedagogía de la expresión y la creatividad, que descubra y cultive los talentos de cada persona. El educador debe estar convencido de que cada educando es portador de valores y talentos que él debe ayudar a conocer y desarrollar. También debe cultivar el disfrute del sentido estético, la capacidad crítica de los medios de comunicación y el sentido de observación y admiración ante los milagros de la vida, de la naturaleza, y del poder creador de los seres humanos.

La pedagogía de la expresión le devuelve la palabra al educando, desarrolla la oralidad y la escucha, cultiva el buen decir, la oratoria, las habilidades comunicativas orales, gestuales, corporales, mímicas, escritas de cada uno. Una pedagogía de la expresión promueve por todos los medios y en todos los momentos y espacios educativos, la comunicación entre educador y educandos, y de los educandos entre sí. Para eso, reorganiza los ambientes, evitando una distribución del espacio que pueda favorecer la palabra del educador y la recepción pasiva de los educandos, o impedir la comunicación entre ellos.

La pedagogía de la creatividad espolea la imaginación y la fantasía, cultiva la literatura, la música, la pintura, las artes y artesanías, el contacto con la naturaleza...; convierte los espacios educativos en lugares de creación y de exposición de las creaciones. Se promueven los grupos de música, teatro, títeres, danza, artesanos, pintores, cuenta cuentos, periódico, creación literaria, ecológicos. Se aprende a defender y cuidar el ambiente y a combatir toda forma de abuso, saqueo, destrucción, contaminación. Se rescatan las fiestas y tradiciones: los centros y programas educativos se unen a las celebraciones populares y las convierten en genuinos proyectos pedagógicos. La biblioteca del centro o de la comunidad es el lugar de la fantasía, del encuentro y del compartir, de la imaginación, del disfrute, de la creación, de la recuperación de la historia. Los centros educativos se abren al ambiente social y cultural, a la ciudad y el campo, a los que consideran como un gran libro de lectura. Todo el espacio físico y los alrededores del centro se convierten en un gran taller, un museo, un enorme mural.

Un educador creativo capitaliza la curiosidad propia del educando, partiendo de sus habilidades, su cultura y del mundo que le rodea. Estimula su imaginación y permite que vaya evolucionando según sus propios intereses. Nunca rechaza ni caricaturiza las creaciones de sus educandos, pero los va guiando con paciencia para que no se conformen con la primera versión, en busca siempre de una mayor calidad, pues el desarrollo de la creatividad artística supone aprender a rehacer, exige esfuerzo, experimentación, búsqueda, vencimiento. Pero además, un educador creativo utiliza todas las oportunidades que se le presentan, en las distintas áreas del currículo, para desarrollar la creatividad y cultivar el sentimiento de todo lo bello y misterioso de la Creación.

2.8. Pedagogía de la Inculturación, Interculturalidad y Multiculturalidad

- Dimensión Cultural

El complejo mundo de lo cultural es uno de los componentes esenciales dentro de los procesos educativos. Entendemos la cultura como el conjunto de rasgos adquiridos por aprendizaje en contraste con los biológicamente heredados. Es el conjunto de formas y modos adquiridos de concebir el mundo, de pensar, de hablar, de expresarse, percibir, comportarse, organizarse socialmente, comunicarse, sentirse y valorarse uno mismo en cuanto individuo y en cuanto grupo. La cultura tiene que ver con la tecnología, es decir, con

las creaciones materiales de un pueblo para garantizar su supervivencia y desarrollo; con las relaciones sociales o formas de organizar la familia, la comunidad, la política, el poder; y el mundo imaginario o cultura simbólica que se expresa a través de la lengua, las creencias, los mitos, leyendas, religión, creaciones artísticas...

Todos nacemos y aprendemos en una determinada matriz cultural. Todos pertenecemos a algún grupo cultural que marca lo que somos y hacemos, lo que pensamos y creemos. Todos tenemos cultura, en consecuencia, no hay personas incultas; todos somos parte de una determinada civilización, por ello, no hay "incivilizados" ni hay culturas superiores a otras. La cultura particular de un grupo determinado es el sustento y uno de los instrumentos más poderosos para la creación y el ulterior desarrollo de las diversas identidades personales y grupales.

La formación de la dimensión cultural debe desarrollar las competencias que posibiliten a los educandos conocer, aceptar y valorar sus raíces, su mundo cultural, sus orígenes, su historia, su familia, su comunidad, su región, su país. Competencias para rescatar la memoria colectiva como elemento de unificación y cohesión del grupo. Competencias para valorar y apreciar las culturas diferentes, para combatir los dogmatismos, fundamentalismos e intolerancias de quienes tratan de imponer una única forma de pensar, de creer, de vivir. Competencias para emprender un verdadero diálogo cultural que permita aprender del otro diferente, desde la aceptación de la diversidad.

Para el desarrollo de esta dimensión, requerimos de una pedagogía de la inculturación, la interculturalidad y la multiculturalidad. Los educadores deben entender que cada educando tiene un saber, una forma de expresarse y comunicarse, unos valores, unas costumbres y tradiciones...que deben ser valorados y reconocidos. Para ello, deben esforzarse por conocer y comprender el mundo de sus educandos para así poderles ayudar mejor. El currículo se convierte en punto de encuentro entre el programa (que ofrece pistas generales), y la programación, hecha a la medida de los educandos, adaptada a sus realidades. Currículo flexible, motor de la educación para la interculturalidad e incluso multiculturalidad, pues asume a educandos de etnias, culturas y razas distintas.

Sólo si los educandos se sienten aceptados y acompañados en su crecimiento y realización personal; si perciben que los educadores parten de sus experiencias y conocimientos y guían la labor educativa en consonancia con la familia y la comunidad, valorando su cultura, su lenguaje, sus lógicas, saberes y percepciones; si experimentan que se les acompaña en su crecimiento y realización personal; podrán echar raíces hacia adentro y fortalecer su identidad.

La pedagogía de la interculturalidad y multiculturalidad implica el reconocimiento, respeto y valoración de la diversidad, la que asume como posibilidad de enriquecimiento. Rompe con la relación pedagógica de dominación y establece relaciones comunicativas horizontales entre culturas. El punto de partida es reconocer el carácter de la heterogeneidad como un valor y no como un defecto. Ello va a permitir, en primer lugar, desarrollar una dosis madura de tolerancia que llevará a aceptar que las personas actúen según sus propias lógicas, motivaciones y costumbres, y no según nuestras expectativas, para finalmente ponerse en disposición de aprender a incorporar en uno mismo lo valioso que se descubre en el otro.

El encuentro de culturas es un encuentro de saberes y prácticas que se realiza a través del diálogo y la negociación cultural que posibilita la comprensión y el encuentro de las diversas lógicas, percepciones y visiones. La interculturalidad y la multiculturalidad exigen procesos de negociación cultural en la medida en que producen modificaciones en las propias formas de ser y de sentir, por la voluntad de integrarse en una realidad que unifica sin suprimir por ello las diferencias. Para ello, hay que estar dispuesto a ceder y renunciar, a incorporar y cambiar, a dialogar buscando consensos; movidos no sólo por un buen deseo, sino por el convencimiento de la riqueza enriquecedora del otro.

Las culturas no son estáticas, son dinámicas, se pueden enriquecer al entrar en contacto con otras. Una pedagogía intercultural y multicultural evitará los fundamentalismos que desconocen al otro diferente y las alienaciones que implican la vergüenza étnica y los complejos de inferioridad. La pedagogía de la interculturalidad y multiculturalidad se presenta como una modalidad estratégica que busca comprender y tender puentes entre diferentes y favorece la formación en valores de alto contenido democrático, como el respeto mutuo, la tolerancia, la justicia, la paz. Esta pedagogía afronta el reto de hacernos pasar a la construcción de un “nosotros diverso”, reivindicando el derecho de unos y otros a la igualdad y a la diferencia. Se trata de recorrer el camino de la unidad en la diversidad, lo que para nuestros países, que son pluriculturales, significa recorrer el camino de la identidad nacional.

En aquellas regiones o comunidades donde está generalizado el uso de dos o más lenguas, la pedagogía intercultural y multicultural deberá esforzarse por llegar a ser también verdaderamente bilingüe o plurilingüe, de modo que educadores y educandos logren el dominio de ellas.

2.9. Pedagogía de los Valores

- Dimensión Ética

Vivimos tiempos de un total relativismo ético, en los que se impone el pragmatismo de la moral acomodaticia del “todo vale” y del “solo vale” (todo vale si me produce ganancia, bienestar, beneficio...; solo vale lo que me produce ganancia, bienestar, beneficio). El valor y el antivalor se confunden. Cada uno decide lo que es bueno y lo que es malo. El fin justifica los medios. La eficacia en la productividad y la ganancia se convierten en el criterio definitivo de bondad. Lo que es eficaz es necesario; lo que se puede hacer, se debe hacer.

En este contexto, la formación de la dimensión ética debe garantizar las competencias necesarias para que los educandos sean capaces de analizar éticamente los acontecimientos y sucesos, conozcan los valores esenciales y afiancen sus vidas sobre ellos. Competencias para que puedan responsabilizarse de sí mismos y contribuir con su conducta a la gestación de un mundo mejor. Competencias para superar el relativismo ético imperante que les posibilite juicios apropiados y la autorregulación de sí mismos. Competencias para rechazar los antivalores (egoísmo, intolerancia, racismo, violencia, opresión, injusticia...) que siembran la discordia e impiden un mundo de justicia y verdadera paz. Competencias para enjuiciar y superar el sistema económico excluyente y promover una economía justa y solidaria que tenga como objetivo esencial el desarrollo de la persona, de todas las personas, y no el mercado.

Para desarrollar la dimensión ética y lograr estas competencias, se requiere de una auténtica pedagogía de los valores. La pedagogía de los valores exige, en primer lugar, la clarificación colectiva por parte de los miembros de la comunidad educativa de aquellos valores que consideran esenciales. En segundo lugar, el compromiso de educadores y miembros de la familia de esforzarse por vivir dichos valores. La pedagogía de los valores debe integrar el pensar, el sentir y el actuar. Los principios éticos no sólo deben ser enunciados, sino personalizados como principios de vida. Deben penetrar en los sentimientos y aspiraciones y manifestarse en la conducta.

La pedagogía de los valores exige que cada educador entienda y asuma que no es un mero docente de un determinado programa o materia, sino que fundamentalmente es maestro de humanidad, formador de personas. Los educandos no sólo aprenden de sus educadores, sino que aprenden a sus educadores, pues si bien uno explica lo que sabe o cree saber, “uno enseña lo que es”. De ahí que es imposible educar de un modo neutro: todos educamos o deseducamos, y esto no tanto por lo que decimos o proclamamos, sino por lo que hacemos y somos.

La pedagogía de los valores implica también su incorporación a la estructura y

funcionamiento de los programas y centros educativos, de modo que coincida el currículo explícito con el currículo oculto. Si buscamos y pretendemos alumnos respetuosos, solidarios, cooperadores..., el ejercicio educativo debe ser respetuoso, solidario, cooperativo... De ahí que el énfasis educativo no puede estar en educar para, sino en educar en: educar en el respeto, la solidaridad, la cooperación, en breve, en los valores que aspiramos conseguir. Lo que hacemos no puede contradecir lo que pretendemos. El producto o el fruto que queremos recoger debe estar ya en el proceso, en la semilla. No lograremos alumnos cooperativos y solidarios (por mucho que proclamemos que es nuestro objetivo) con una pedagogía que promueve el trabajo individual, la competitividad, la selección de los mejores.

De ahí la necesidad de concebir y estructurar los centros educativos como comunidades de vida, de participación, de diálogo, trabajo y aprendizaje compartido, de tolerancia, respeto, honestidad y responsabilidad. Comunidades educativas en las que se aprenden los valores porque se viven, porque se participa, se construyen cooperativamente alternativas a los problemas individuales y sociales, se fomenta la iniciativa, se toleran las diferencias, se integran las diferentes visiones y propuestas, se respira un aire que alimenta la honestidad, la gratuidad, el servicio, la cooperación, la solidaridad. Se trata, en definitiva, de estructurar nuestros centros educativos como pequeños microcosmos de la sociedad transformada que buscamos.

2.10. Pedagogía de la Identidad y de la Esperanza

- Dimensión Histórica

Los seres humanos somos sujetos históricos, tenemos la capacidad de hacernos, construirnos y de hacer y rehacer permanentemente la sociedad. Vivir es hacerse, construirse, soñarse, inventarse, llegar a desarrollar todas las potencialidades. Sin embargo, hoy muy pocos se plantean seriamente hacer el camino de su vida y caminarlo con radicalidad. Piensan que vivir es seguir rutinariamente los caminos que marcan las modas, las propagandas, el mercado, las costumbres, los dirigentes. El conformismo, el gregarismo y la imitación se imponen a través de la publicidad, el consumo y los medios de comunicación. Se hace lo que hace la mayoría, los que nos indican que hay que hacer. No hay metas, objetivos, sueños, ideales, proyecto. Por eso, algunos han llegado a proclamar "el fin de la historia", negando la vocación de los seres humanos como constructores y transformadores del mundo.

Para cambiar el mundo, para hacer de él un gran hogar donde todos podamos vivir como hermanos e incluso celebrar nuestras diferencias, hay que cambiar a los seres humanos que somos los que lo hacemos. Si cambiamos las personas, todo cambiará. En este mundo tan convulsionado y agitado, la verdadera paz sólo será posible si logramos personas que tienen en paz su corazón. Y esta debe ser la tarea esencial de la educación, que debe recuperar su misión humanizadora, orientada a formar sujetos autónomos y ciudadanos de la nueva sociedad. No se trata, en consecuencia, de un mero cambio de las estructuras, sino de la creación continua de una nueva manera de ser persona, es decir, de una revolución cultural permanente. El ser humano se humaniza humanizando el mundo.

La formación de la dimensión histórica supone garantizar las competencias esenciales para que los educandos sean capaces de leer críticamente las historias oficiales organizadas en torno a héroes y batallas que ocultan la vida, los esfuerzos y el hacer histórico del pueblo. Competencias para que se asuman como sujetos históricos, conscientes de su propia singularidad y de su propio estar en el mundo, pertenecientes a una familia y un pueblo determinado que deben valorar. Competencias para que sean capaces de recuperar la memoria histórica y se asuman como constructores de una historia siempre inacabada y se comprometan con entusiasmo y esperanza en la gestación de una sociedad igualitaria y

participativa.

El desarrollo de la dimensión histórica implica una pedagogía de la identidad y de la esperanza, pedagogía nos ayude a construir la personalidad y encauzar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de provocar ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta. Esto implica ayudar a cada educando a conocerse, valorarse y emprender el camino de su propia realización, lo que postula tiempos y espacios para el silencio, la reflexión y el cuestionamiento personal. Implica también conocerse y valorarse como parte de un pueblo, de un país, del que hay que recuperar la memoria histórica que posibilite una mejor comprensión del presente para la invención del futuro. La historia deja de ser un mero recuento de héroes y batallas, para pasar a ser la historia de un pueblo que camina en busca de su propia identidad.

Esta perspectiva histórica que busca la propia identidad, no puede dejar de lado la perspectiva cultural, como sistema de significación y comprensión de la misma. Al decir “pedagogía de la identidad”, estamos indudablemente aceptando que existe una pedagogía de las formas culturales en donde se forja la identidad. Si el concepto “cultura” nos permite equiparar la educación a otras actividades culturales, el concepto “pedagogía” permite que se realice la operación a la inversa, es decir, las otras actividades culturales son también pedagógicas. Por lo tanto, “lo cultural se vuelve pedagógico y la pedagogía se vuelve cultural”. De este modo y a través de todo lo señalado, podríamos decir que estamos ayudando, desde lo histórico-pedagógico, a construir “identidad”.

Educar para construir un proyecto de mundo y sociedad nuevos sólo va a ser posible desde la pedagogía de la esperanza. La esperanza es la más humana de las emociones. Ella impide la angustia y el desaliento, pone alas a la voluntad, se orienta hacia la luz y hacia la vida. Sin esperanza languidece el entusiasmo, se apagan las ganas de vivir y de luchar. La esperanza se opone con fuerza al pragmatismo, que es una deserción mediocre y cobarde en la tarea de construir el mundo.

La intencionalidad de la propuesta de Educación Popular de Fe y Alegría, reflejada en estas diez dimensiones, es la transformación de la actual sociedad, intencionalidad que tiene que pasar por potenciar el desarrollo integral de los actores de los procesos educativos, para que se responsabilicen de su propia transformación personal y la de su comunidad, profundizando la conciencia de su dignidad humana, favoreciendo la libre autodeterminación y promoviendo su sentido de servicio.

Esta intencionalidad necesita de una pedagogía crítica y propositiva con cualidades como las mencionadas, que se encarnen en los currículos y en los procesos educativos, que transformen la cultura tradicional de los centros y las prácticas educativas, para que promuevan conocimientos, competencias, soluciones, habilidades y valores según el modelo de persona y de sociedad que buscamos. En síntesis y recordando las palabras del P. José María Vélaz citadas al comienzo de este Documento Final del XXXIII Congreso Internacional, para “*hacer hombres en plenitud, comprometidos en la construcción de un mundo más solidario y más justo*”.